

VIII.

El aniversario fué tan solemne como el entierro, manifestando los naturales, el día en que se verificó, que la memoria del bienhechor y del amigo, no se había evaporado de su corazón.

Fr. Pedro de Gante es uno de esos caracteres amables que viven siempre en la gratitud del humano linaje, y á quienes consagra la historia sus páginas más hermosas; es imposible negarle este tributo que nace espontáneamente del alma, seducida por una virtud que, aunque en realidad severa, sólo tiene para el hombre sonrisas y agasajos.

¿En dónde es ignorado el nombre del lego artista, que ocupado incesantemente en ilustrar á los indios, tenía una mano para el silabario y la otra para algún instrumento perteneciente á oficios mecánicos? Pocos son los conventos y aun parroquias, de las que administraban antes los franciscanos, en que no se conserve su retrato como un precioso tesoro.

VIII.

Literatos.—Motolinía.

Ya hemos seguido á la religión seráfica en los primeros pasos que dió por la senda de la conversión de los naturales al cristianismo; y antes de apartarnos de aquel período de lozana juventud, réstanos considerarla en sus relaciones con la esfera literaria, en la cual brillaron como astros algunos de sus hijos.

Descuella entre ellos Fr. Toribio de Benavente ó Motolinía, cuyo carácter personal, así como el de sus escritos, pueden estudiarse ampliamente en el opúsculo del señor Ramírez, poco antes citado. Contrayéndonos á estos últimos por ahora, llama ciertamente la atención el extenso catálogo que los abraza, no menos que la variedad de materias sobre que versan, con especialidad cuando se reflexiona que el escritor no podía consagrar á las letras sino los escasos momentos que le dejaban libres, ocupaciones de más valía.

De estas obras no conocemos nosotros más que las publicadas por el señor García Icazbalceta, en su colección de documentos, y son: la "Historia de los Indios de la Nueva-España," y la "Carta al Em-

perador Carlos V." El primero de estos escritos, nos ha suministrado varias noticias que están sembradas en el curso de esta narración; mas para que el lector que no los conozca se forme una idea completa, en cuanto cabe, del estilo de Motolinía, vamos á presentarle algunos otros pasajes, prefiriendo aquellos que derraman luz sobre puntos interesantes de historia y geografía.

"En el año del Señor, de 1523, día de la conversión de San Pablo, que es el 25 de Enero, el P. Fr. Martín de Valencia, de santa memoria, con once frailes sus compañeros, partieron de España para venir á esta tierra de Anáhuac, enviados por el Reverendísimo P. Fr. Francisco de los Angeles, entonces ministro general de la Orden de San Francisco. Vinieron con grandes gracias y perdonés de nuestro muy Santo Padre, y con especial mandamiento de S. M. el Emperador, nuestro señor, para la conversión de los indios naturales de esta tierra de Anáhuac, ahora llamada Nueva-España."

Hé aquí el primer párrafo de la historia, que no hemos podido resistir al deseo de transcribir, como un dechado de narración sencilla y elegante. Bien se echa de ver que Motolinía seguía el precepto de Horacio en orden á evitar los comienzos retumbantes, *inceptis gravibus*.

No menos fácil y gracioso es el estilo en lo restante de la obra, siendo notable entre otros, el siguiente pasaje, que da á conocer el estado de las costumbres religiosas de los naturales en aquella época, el cual ha variado muy poco en nuestros días, según se notará:

"Celebran las fiestas y pascuas del Señor y de Nuestra Señora, y de las advocaciones principales de sus pueblos con mucho regocijo y solemnidad. Adornan sus iglesias muy pulidamente, con los paramentos que pueden haber, y lo que les falta de tapicería, suplen con muchos ramos, flores, espadañas, juncia que echan por el suelo, yerbabuena, que en esta tierra se ha multiplicado cosa increíble, y por donde tiene de pasar la procesión, hacen muchos arcos triunfales, hechos de rosas, con muchas labores y lazos de las mismas flores; y hacen muchas piñas de flores, cosa muy de ver, y por esto hacen todos en esta tierra mucho, por tener jardín con rosas, y no las teniendo, ha acontecido enviar por ellas diez y docé leguas á los pueblos de tierra caliente, que casi siempre las hay, y son de muy suave olor. Los indios señores y principales, ataviados y vestidos de sus camisas blancas, y mantas, labradas con plumajes, y con piñas de rosas en las manos, bailan y dicen cantares en su lengua, de las fiestas que

se celebran, que los frailes se los han traducido, y los maestros de sus cantares los han puesto á su modo, á manera de metro, que son graciosos y bien entonados; y estos bailes y cantos comienzan á media noche, en muchas partes, y tienen muchas lumbres en sus patios, que en esta tierra los patios son muy grandes y muy gentiles, porque la gente es mucha y no caben en las iglesias, y por eso tienen su capilla fuera en los patios, porque todos oigan misa todos los domingos y fiestas, y las iglesias sirven para entre semana; y después también cantan mucha parte del día, sin se les hacer mucho trabajo ni pesadumbre. Todo el camino que tiene de andar la procesión, tienen enramado de una parte y de otra, aunque haya de ir un tiro ó dos de ballesta, y el suelo cubierto de espadaña y de junca y de hojas de árboles y rosas, de muchas maneras, y á trechos puestos sus altares muy bien adornados.

“La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas las casas de azotea, y van las casas una legua, y dos, y más parecen de noche un cielo estrellado: y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas que ponen mucha devoción y dan alegría

á todo el pueblo, y á los españoles mucho más. Los indios en esta noche vienen á los oficios divinos, y oyen sus tres misas, y los que no caben en la iglesia, por eso no se van, sino que delante de la puerta, y en el patio, rezan y hacen lo mismo que si estuviesen dentro....

“En la fiesta de la Purificación ó Candelaria traen sus candelas á bendecir, y después que con ellas han cantado y andado la procesión, tienen en mucho lo que les sobra, y guárdanlo para sus enfermedades, y para truenos y rayos; porque tienen gran devoción con Nuestra Señora, y por ser benditas en su santo día, las guardan mucho.

“En el Domingo de Ramos enraman todas sus iglesias, y más á donde se han de bendecir los ramos y á donde se tiene de decir la misa; y por la muchedumbre de la gente que viene, que apenas bastarían muchas cargas de ramos, aunque á cada uno no se le diese sino un pequeñito, y también por el gran peligro de dar los ramos y tomarlos, en especial en las grandes provincias, que se ahogarian algunos, aunque se diesen los ramos por muchas partes, que todo se ha probado, y el mejor remedio ha parecido bendecir los ramos en las manos; y es muy de ver las diferentes divisas que traen en sus ramos; muchos traen encima de sus

ramos unas cruces hechas de flores, y éstas son de mil maneras y de muchos colores; otros traen en los ramos, engendradas rosas y flores de muchas maneras y colorés, y como los ramos son verdes y los traen alzados en las manos, parece una floresta. Por el camino tienen puestos árboles grandes, y en algunas partes, que ellos mismos están nacidos; allí suben los niños, y unos cortan ramos y los echan por el camino al tiempo que pasan las cruces, otros encima de los árboles cantan, otros muchos van echando sus ropas y mantas en el camino, y éstas son tantas, que casi siempre van las cruces y los ministros sobre las mantas."

La "procesión de las palmas," tal como **la describe nuestro autor, se verifica hasta ahora de la misma manera, en varias poblaciones que hemos visitado.** En un lugar situado cerca de Tehuacán, llamado Zapotitlán de las Salinas, los niños, á semejanza de los que menciona el historiador, desempeñan su papel con el nombre de "benedictus," para lo que manifiestan gran alborozo. Vistenlos las madres, con un traje blanco, adornado de lazos de colores, y provistos de sendos pañuelos con rosas, suben á los árboles situados á orillas de la carrera de la procesión; tan luego como pasa el Señor de Ramos, cantan "benedictus qui venit in

nomine Domini," y lanzando al aire el pañuelo, que sostienen, mediante una cuerda, hacen caer una lluvia de flores.

En punto á descripción de costumbres, el padre Benavente quizá no tiene superior entre los historiadores de nuestra nación. Hay tal candor, hay tal verdad en las pinturas que nos presenta, como en todos los cuadros que son la genuina expresión de la naturaleza; y el ánimo se ve arrastrado á darle ascenso, porque no puede menos de ser así, porque hay algo que convence, de que el hombre que tal dice, no ha sido engañado ni pretende engañarnos.

De su obra pudiéramos sacar una serie completa de cuadros de las fiestas cristianas, tales como entonces se celebraban, lo cual sería salvar los límites dentro de los cuales debe permanecer nuestra relación en esta parte: basta asegurar que todas las principales festividades tenían verificativo, así en México como en las demás poblaciones, con una pompa y magnificencia que parecen fabulosas.

Pero á todas se aventajó la solemnidad del día de Corpus Christi, y en especial la que celebraron los tlaxcaltecas en el año de 1538, hablando de la cual el padre Fr. Toribio, dice, "que merece ser morada, porque creo que si en ella se hallaran el Papa y Emperador, con sus

cortes, holgaran mucho de verla, y puesto que no había ricas joyas ni brocados, había otros aderezos tan de ver, en especial de flores y rosas que Dios cria en los árboles y en el campo, que había bien en que poner los ojos y notar, cómo una gente que hasta ahora era tenida por bestial, supiese hacer tal cosa.”

Difuso en demasía fuera presentar por completo la descripción que hace de esa fiesta tan ruidosa; pero creemos que será vista con gusto la noticia que nos da, relativa al tiempo y lugar en que comenzaron las procesiones en el país:

“El cuarto año (dice) de la llegada de los frailes á esta tierra, fué de muchas aguas, tanto que se perdían los maizales y se caían muchas casas. Hasta entonces, nunca entre los indios se habían hecho procesiones, y en Texcoco salieron con una pobre cruz, y como hubiese muchos días que nunca cesaba de llover, plugo á Nuestro Señor por su clemencia, y por los ruegos de su Sacratísima Madre, y de San Antonio, cuya advocación es la principal de aquel pueblo, que desde aquel día mismo cesaron las aguas, para confirmación de la flaca y tierna fe de aquellos nuevamente convertidos: y luego hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones, y los indios de México fueron luego

allí á sacar muestras para lo mismo: y desde á poco tiempo comenzaron en Huezotzinco é hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma; y luego por todas partes comenzaron á ataviar sus iglesias, y hacer retablos, ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas más.”

No menos curiosa es la noticia que acerca del origen de las palabras Yucatán y Catoche nos da Motolinía en las líneas siguientes:

“Hay en estas montañas (las de México) mucha cera y miel, en especial en Campeche; dicen que hay allí tanta miel y cera, y tan buena como en Safi, que es en Africa. A este Campeche llamaron los españoles al principio, cuando vinieron á esta tierra, Yucatán, y de este nombre se llamó esta Nueva-España Yucatán: mas tal nombre no se hallará en todas estas tierras, sino que los españoles se engañaron cuando allí llegaron: porque hablando con aquellos indios de aquella costa, á lo que los españoles preguntaban, los indios respondían:—Tectetan, Tectetan, que quiere decir:—No te entiendo, no te entiendo:—los cristianos corrompieron el vocablo, y no entendiendo lo que los indios decían, dijeron:—Yucatán se llama esta tierra;—y lo mismo fué en un cabo

que allí hace la tierra, al cual también llamaron cabo de Cotoch; y Cotoch en aquella lengua, quiere decir casa.”

Acabamos de saber el origen de la denominación de los lugares: veamos el de una ciudad como la de Puebla, en cuya fundación tuvo nuestro historiador una parte tan activa como inteligente. He aquí cómo se expresa:

“La ciudad de los Angeles, que es en esta Nueva-España en la provincia de Tlaxcallan, fué edificada por parecer y mandamiento de los señores Presidente y oidores de la Audiencia Real que en ella reside, siendo Presidente el señor Obispo Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, y oidores el Licenciado Juan de Salmerón, y Licenciado Alonso Maldonado, el Licenciado Ceinos y el Licenciado Quiroga. Edificóse este pueblo á instancias de los frailes menores, los cuales suplicaron á estos señores, que hiciesen un pueblo de españoles, y que fuesen gente que se diesen á labrar los campos y á cultivar la tierra al modo y manera de España, porque la tierra había muy grande disposición y aparejo; y no que todos estuviesen esperando repartimiento de indios; y se comenzarían pueblos en los cuales se recogerían muchos cristianos que al presente andaban ociosos y vagabundos; y que también los indios toma-

rían ejemplo y aprenderían á labrar y cultivar al modo de España; y que teniendo los españoles heredades y en que se ocupar, perderían la voluntad y gana que tenían de se volver á sus tierras, y cobrarían amor con la tierra en que se viesen con haciendas y grangerías, y que juntamente con esto, haciendo este principio, sucederían otros muchos bienes, y en fin, tanto lo trabajaron y procuraron, que la ciudad se comenzó á edificar en el año de 1530, en las octavas de Pascua de Flores, á diez y seis días del mes de Abril, día de Santo Toribio, Obispo de Astorga, que edificó la iglesia de San Salvador de Oviedo, en la cual puso muchas reliquias que él mismo trajo de Jerusalem. Este día vinieron los que habían de ser nuevos habitantes, y por mandato de la Audiencia Real, fueron ayuntados aquel día muchos indios de las provincias y pueblos comarcas, que todos vinieron de buena gana para dar ayuda á los cristianos, lo cual fué cosa muy de ver porque los de un pueblo venían todos juntos por su camino con toda su gente, cargados de los materiales que era menester, para luego hacer sus casas de paja. Vinieron de Tlaxcallan sobre siete ú ocho mil indios, y pocos menos de Huexotzinco, y Calpa, y Tepeyac, y Cholollan. Traían algunas latas y ataduras y corde-

les, y mucha paja de casas, y el monte que no está muy lejos, para cortar madera, entraban los indios cantando con sus banderas y tañiendo campanillas y atabeles, y otros con danzas de muchachos y con muchos bailes. Luego, este día, dicha misa, que fué la primera que allí se dijo, ya traían hecha y sacada la traza del pueblo, por un cantero que allí se halló, y luego, sin mucho tardar, los indios limpiaron el sitio, y echados los cordeles, repartieron luego al presente hasta cuarenta suelos á cuarenta pobladores, y porque me hallé presente, digo que no fueron más á mi parecer los que comenzaron á poblar la ciudad.

“Luego, aquel día, comenzaron los indios á levantar casas para todos los moradores con quien se habían señalado los suelos, y diéronse tanta prisa que las acabaron en aquella misma semana; y no eran tan pobres casas, que no tenían bastantes aposentos. Era esto al principio de las aguas y llovía mucho aquel año; y como el pueblo aún no estaba sentado ni pisado, ni dadas las corrientes que convenían, andaba el agua por todas las casas, de manera que había muchos que burlaban del sitio y de la población, la cual está asentada encima de un arenal seco, y á poco más de un palmo tiene un barro fuerte, y luego está la tosca. Ahora

ya, después que por sus calles dieron corrientes, y pasada al agua, corre de manera que aunque lluevan grandes turbiones y golpes de agua, todo pasa, y desde á dos horas, queda toda la ciudad tan limpia como una Génova. Después estuvo esta ciudad tan desfavorecida, que estuvo para despoblarse, y ahora ha vuelto en sí, y es la mejor ciudad que hay en toda la Nueva-España, después de México; porque, informando su magestad de sus cualidades, le ha dado privilegios reales.

“El asiento de la ciudad es muy bueno, y la comarca la mejor de toda la Nueva-España, porque tiene á la parte del Norte á cinco leguas á la ciudad de Tlaxcallan; tiene al Poniente á Huexotzinco, á otras cinco leguas; al Oriente tiene á Tepeyacac, á cinco leguas; á Mediodía es tierra caliente, están Itzacan y Cuauhquechollan á siete leguas; tiene á dos leguas á Cholollan, Totomiahucán; Caipa está á cinco leguas: todos estos son pueblos grandes. Tiene el puerto de la Veracruz al Oriente, á cuarenta leguas; México á veinte leguas. Va el camino del puerto, á México, por medio de esta ciudad; y cuando las recuas van cargadas á México, como es el paso por aquí, los vecinos se proveen y compran todo lo que han menester en mejor precio que los de Méxi-

co; y cuando las recuas son de vuelta, cargan de harina, y tocino, y bizcocho, para matalotaje de las naos: por lo cual esta ciudad se espera que irá aumentando y ennobleciéndose.”

Dos capítulos, y no cortos, consagra nuestro autor al mismo asunto, encerrando en ellos la descripción geográfica y topográfica no sólo de Puebla, sino de sus alrededores, alcanzando hasta el valle de Atlixco, que llama vega, y de la cual dice, “que en toda la Nueva-España no hay otra mejor; porque personas que se les entiende y saben conocer las tierras, dicen que es mejor esta vega, que la Vega de Granada en España, ni que la de Orihuela.”

Campean singularmente en la obra que estudiamos, los datos estadísticos; pero esto no quiere decir que la narración de Motolinía carezca de ese brío, de ese tono apasionado que distingue los escritos del hombre sensible á las bellezas físicas y morales, y suele tener pasajes en que brilla cierta elocuencia encantadora:

“De dos veces que yo navegué por este estero que digo (el formado por el río Papaloápam), la una fué una tarde de un día claro y sereno, y en verdad que yo iba con la boca abierta mirando aquel Estanque de Dios, y veía cuán poca cosa son las cosas de los hombres y las obras

y estanques de los grandes príncipes y señores de España, y cómo todo es cosa contrahecha adonde están los príncipes del mundo, que tanto trabajan por cazar las aves para volar las altanerías desvaneciéndose tras ellas: y otros en atesorar plata y oro y hacer casas y jardines y estanques; en lo cual ponen su felicidad: pues miren y vengan aquí, que todo lo hallarán junto, hecho por la mano de Dios, sin afán ni trabajo, lo cual todo convida á dar gracias á quien hizo y crió las fuentes y arroyos, y todo lo demás en el mundo criado con tanta hermosura”...

Motolinía estaba muy lejos de aprobar la conducta de los españoles que pasaban á América sólo por el ansia de enriquecerse, y más cuando para buscar los tesoros se servían de los naturales, oprimiéndolos y haciéndolos trabajar hasta que morían. Sobre este punto, es notable la variedad de armas de que hace uso para combatir el vicio, y la destreza con que las maneja. Echa mano, á veces, de la sátira, como en el siguiente pasaje:

“Cuando los españoles se embarcan para venir á esta tierra, á unos les dicen, á otros se les antoja, que van á la isla de Ofir, de donde el Rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos en ella van; otros piensan que van á las islas de Tarsis ó al gran



Cipango, á do por todas partes es tanto el oro, que lo cogen á haldadas; otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades, que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de sa-va”....

Otras veces clama indignado, enumerando los graves males que causa la maldita sed de la riqueza, “aurí sacra fames:”

“¡Oh, qué río de Babilonia se abrió en la tierra del Perú! ¡Y cómo el negro oro se vuelve en amargo lloro, por cuya codicia muchos vendieron sus patrimonios, con que se pudieran sustentar tan bien como sus antepasados! Y engañados en sus vanas fantasías, de donde pensaban llevar con que se gozar, vinieron á llorar, porque antes que llegaran al Perú, de diez, apenas escapaba uno, y de ciento, diez; y de aquellos que escapaban, llegados al Perú han muerto mil veces de hambre, y otras tantas de sed, sin otros muchos innumerables trabajos, sin los que han muerto á espada, que no han sido la menor parte. Y porque de mil ha vuelto uno á España, y éste, lleno de bienes, por ventura mal adquiridos, y que según San Agustín no llegarán al tercer heredero, y ellos y el oro, todos van de una color, porque con el oro cobraron mil enfermedades, que los que por esta

Nueva-España aportan en la color los cocen, y luego dicen:—este perulero es:— y por uno que con todos estos males (sin el mayor mal que es el de su alma) aporta á España rico, se mueven otros mil locos á buscar la muerte del cuerpo y del ánima; y pues no os contentastes con la que en España teniades, para pasar y vivir como vuestros pasados, en pena de vuestro yerro es razón que padezcáis fatigas y trabajos sin cuento. ¡Oh, tierra del Perú: río de Babilonia, montes de Gelboe, adonde tantos españoles y tan noble gente ha perecido y muerto, la maldición de David te comprendió, pues sobre muchas partes de tu tierra, ni cae lluvia, ni llueve ni rocía! ¡Nobles de España, llorad sobre estos malditos montes! pues los que en las guerras de Italia y África peleaban como leones contra sus enemigos, volaban como águilas siguiendo sus adversarios, en la tierra del Perú murieron no como valerosos ni como quien ellos eran, sino de hambre, y sed y frío, padeciendo otros innumerables trabajos, unos en el mar, otros en los puertos, otros por los caminos, otros en los montes y despoblados!”

Contrayéndose particularmente á las crueldades de los españoles con los desdichados indios, dice Benavente, como poseído de horror é indignación:

“Mas bastante fué la avaricia de nuestros españoles para destruir y despoblar esta tierra, que todos los sacrificios y guerras y homicidios que en ella hubo en tiempo de su infidelidad, con todos los que en todas partes se sacrificaban, que eran muchos, y porque algunos tuvieron fantasía y opinión diabólica que conquistando á fuego y á sangre, servían mejor los indios, y que siempre estarían en aquella sujeción y temor, asolaban todos los pueblos donde llegaban; ¡cómo en la verdad fuera mejor haberlos ganado con amor, para que tuvieran de quien servir!” . . . .

Como el pasaje anterior, pudiéramos poner á la vista otros muchos que honran á la vez los sentimientos del escritor y dan cabal idea de su estilo animado, vigoroso y piadosamente tierno. Ya en otra parte, cuando tratamos del convento de Santo Domingo, dimos á conocer á Motolinía como narrador de incidentes dramáticos, pues tal es la muerte de aquellos dos niños que el P. Fr. Bernardino Minaya pidió al guardián del monasterio de Tlaxcala, al pasar por esta ciudad en su viaje á la Zapoteca, y que fueron víctimas de los indios de Cuauhtinchan, pueblo de las cercanías de Tepeaca. Este incidente, con el martirio del niño Cristóbal, que refiere también Fr. Toribio, for-

ma el asunto de su opúsculo, titulado: “La vida y muerte de tres niños de Tlaxcalla, que murieron por la confesión de la fe,” del cual, nos da un compendio en la obra que estudiamos. Y así, para no dejar trunca esta leyenda, como porque la relación de los padecimientos del niño Cristóbal forman un episodio interesante, será bien transcribirlo consagrándole el capítulo siguiente. Escuchemos á nuestro misionero.

---

IX.

Cristóbal.

“En esta ciudad de Tlaxcallan fué un niño, encubierto por su padre, porque en esta ciudad hay cuatro cabezas ó señores principales, entre los cuales se reduce toda la provincia, que es harto grande, de la cual se dice que salían cien mil hombres de pelea.

“Además de aquellos cuatro señores principales, había otros muchos que tenían y tienen muchos vasallos. Uno de los más principales de éstos, llamados por nombre Acxotecatl, tenía sesenta mujeres, y de las más principales de ellas, tenía cuatro hijos; los tres de éstos envió

al monasterio á los enseñar, y el más amado de él y el más bonito, é hijo de la más principal de sus mujeres, dejóle en su casa como escondido

“Pasados algunos días, y que ya los niños que estaban en el monasterio descubrián algunos secretos, así de idolatrías, como de los hijos que los señores tenían escondidos, aquellos tres hermanos dijeron á los frailes cómo su padre tenía escondido en casa á su hermano mayor, y sabido, demandáronle á su padre, y luego le trajo, y según me dicen, era muy bonito, y de edad de doce á trece años. Pasados algunos días, y ya algo enseñado, pidió el bautismo, y fuéle dado, y puesto por nombre, Cristóbal.

“Este niño, además de ser de los más principales, y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser muy buen cristiano, porque de lo que él oía y aprendía, enseñaba á los vasallos de su padre, y al mismo padre decía que dejase los ídolos y los pecados en que estaba, en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese á Dios del cielo y á Jesucristo su Hijo, que él le perdonaría, y que esto era verdad, porque así lo enseñaban los padres que sirven á Dios.

“El padre era un indio de los encarni-

zados en guerras, y envejecido en maldades y pecados, según después pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazón, ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su padre las tinajas llenas del vino con que se embeodaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruía, de lo cual los criados y los vasallos se quejaron al padre, diciendo:

—“Tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A tí y á nosotros echa en vergüenza y en pobreza.

“Esta es manera de hablar de los indios, y otras que aquí van, que no corren tanto con nuestro romance.

“Demás de estos criados y vasallos que esto decían, una de sus mujeres, muy principal, que tenía un hijo del mismo Acxotecatl, le indignaba mucho é inducía para que matase aquel hijo Cristóbal, porque, aquel muerto, heredase otro suyo que se dice Bernardino, y así fué que ahora este Bernardino posee el señorío de su padre. Esta mujer se llamaba Xochipa Palotzin, que quiere decir flor-de-mariposa.

“Esta también, decía á su marido.

—“Tu hijo Cristóbal te echa en pobreza y en vergüenza.

“El muchacho no dejaba de amonestar á la madre y á los criados de casa que dejasen los ídolos y los pecados juntamente, quitándoselos y quebrantándose los.

“En fin, aquella mujer tanto indignó y atrajo á su marido, y él, que de natural era muy cruel, que determinó de matar á su hijo mayor Cristóbal, y para eso, envió á llamar á todos sus hijos, diciendo que quería hacer una fiesta y holgarse con ellos, los cuales llegados á casa del padre, llévólos á unos aposentos dentro de casa, y tomó á aquel su hijo Cristóbal, que tenía determinado de matar, y mandó á los otros hermanos que se saliesen fuera: pero el mayor de los tres, que se dice Luis (del cual yo fui informado, porque éste vió cómo pasó todo el caso), éste, como vió que le echaban de allí, y que su hermano mayor lloraba mucho, subióse á una azotea, y desde allí, por una ventana, vió cómo el cruel padre tomó por los cabellos á aquel hijo Cristóbal, y le echó en el suelo, dándole muy crueles coques, de las cuales fué maravilla no morir, (porque el padre era un valentazo hombre, y es así porque yo que esto escribo, le conocí), y como así no lo pudiese ver, tomó un palo grueso de encina y dióle con él muchos golpes por todo el cuerpo, hasta quebrantarle y molerle los bra-

zos, y piernas, y manos, con que se defendía la cabeza, tanto, que casi de todo el cuerpo corría sangre: á todo esto, el niño llamaba continuamente á Dios diciendo en su lengua:

—“Señor, Dios mío, haced merced de mí, y si tú quieres que yo muera, muera yo; y si tú quieres que viva, líbrame de este cruel mi padre.

“Ya el padre, cansado, y según afirman, con todas las heridas el muchacho, se levantaba y se iba á salir por la puerta afuera, sino que aquella cruel mujer que dije que se llamaba Flor-de-mariposa, le detuvo la puerta, que ya el padre, de cansado, le dejara ir.

“En esta sazón supolo la madre del Cristóbal, que estaba en otro aposento, algo apartado, y vino, desolada, las entrañas abiertas de madre, y no paró hasta entrar adonde su hijo estaba caído, llamando á Dios; y queriéndole tomar para como madre apiadarle, el cruel de su marido, ó por mejor decir, el enemigo estorbándola, llorando y querellándose, decía:

—“¿Por qué me matas á mi hijo? ¿Cómo has tenido manos para matar á tu propio hijo? Matárasme á mí primero, y no viera yo tan cruelmente atormentado un solo hijo que parí. Déjame llevar mi

hijo, y si quieres, márame á mí, y deja al que es niño é hijo tuyo y mío.

“En esto, aquel mal hombre tomó á su propia mujer por los cabellos, y acoceóla hasta se cansar, y llamó quien se la quitase de allí, y vinieron ciertos indios y llevaron á la triste madre, que más sentía los tormentos del amado hijo que los propios suyos.

“Viendo, pues, el cruel padre, que el niño estaba con buen sentido, aunque muy mal llagado y atormentado, mándale echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encinas secas, que es la lumbre que los señores tienen en esta tierra, que es leña que dura mucho y hace muy recia brasa; en aquel fuego le echó, y le revolvió de espaldas y de pechos cruelmente, y el muchacho, siempre llamando á Dios y á Santa María, y quitado de allí casi por muerto, algunos dicen que entonces el padre entró por una espada, otros que por un puñal, y que á puñaladas le acabó de matar; pero lo que yo con más verdad he averiguado es, que el padre anduvo á buscar una espada que tenía, y que no la halló.

“Quitado el niño del fuego, envolviéronle en unas mantas, y él, con mucha paciencia, encomendándose á Dios, estuvo padeciendo toda una noche aquel do-

lor que el fuego y las heridas le causaban con mucho sufrimiento, llamando siempre á Dios y á Santa María.

“Por la mañana dijo el muchacho que le llamasen á su padre, el cual vino, y venido, el niño le dijo:—“Oh, padre! no pienses que estoy enojado, porque, yo estoy muy alegre, y sánete que me has hecho más honra que no vale tu señorío.

“Y dicho esto, demandó de beber, y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España, el vino, no que embeoda, sino substancial, y en bebiéndolo, luego murió.

“Muerto el mozo, mandó el padre que le enterrasen en un rincón de una cámara, y puso mucho temor á todos los de su casa, que á nadie dijese la muerte del niño; en especial habló á los otros tres hijos que se criaban en el monasterio, diciéndoles:

—“No digáis nada, porque, si el Capitán lo sabe, ahorcarme ha.

“Al marqués del Valle al principio todos los indios le llamaban el capitán, y teníanle muy gran temor.

“No contento con esto aquel homicida malvado, más añadiendo maldad á maldad, tuvo temor de aquella su mujer, y madre del muerto niño, que se llamaba Tlapaxilotzin, de la cual nunca he podido averiguar si fué bautizada ó no, porque

hay cerca de doce años, que aconteció, hasta ahora que esto escribo, en el mes de Marzo del año de 39.

“Por este temor que descubriría la muerte de su hijo, la mandó llevar á una su estancia ó granjería, que se dice Quimichocan, no muy lejos de la venta de Tecocac, que está en el camino real que va de México al puerto de la Veracruz, y el hijo quedaba enterrado en un pueblo que se dice Atlihuetzia, cuatro leguas de allí, y cerca dos leguas de Tlaxcállan: aquí á este pueblo me vine á informar, y ví adonde murió el niño, y adonde le enterraron, y en este mismo pueblo escribo ahora esto: llámase Atlihuetzia, que quiere decir adonde cae el agua, porque á se despeña un río de unas peñas y cae de muy alto.

“A los que llevaron á la mujer, mandó que le matasen y enterrasen muy secretamente: no he podido averiguar la muerte que le dieron.

“La manera con que se descubrieron los homicidios de aquel Acxotecatl, fué, que pasando un español por su tierra, hizo un mal tratamiento á unos vasallos de aquel Acxotecatl, y ellos viniéronsele á quejar, y él fué con ellos adonde quedaba aquel español, y llegado, tratóle malamente; y cuando de sus manos se escapó, dejándole ciertó oro y ropas que traía, pen-

só que le había hecho Dios mucha merced, y no se deteniendo mucho en el camino, llegó á México, y dió queja á la justicia del mal tratamiento que aquel señor indio le había hecho, y de lo que le había tomado: y venido mandamiento, prendióle un alguacil español que aquí en Tlaxcállan residía; y como el indio era de los más principales señores de Tlaxcállan, después de los cuatro señores fué menester que viniese un pesquisidor con poder del que gobernaba en México, á lo cual vino Martín el Calahorra, vecino de México, conquistador, y persona de quien se pudiera bien fiar cualquier cargo de justicia. Y éste, hecha su pesquisa y vuelto al español su oro y ropa, cuando el Acxotecatl pensó que estaba libre, comenzáronse á descubrir ciertos indicios de la muerte del hijo y de la mujer, como parecerá por el proceso que el dicho Martín de Calahorra hizo en forma de derecho, aunque algunas cosas más claramente las manifiestan ahora que entonces, y otras se podrían entonces averiguar, por ser los delitos más frescos, aunque yo he puesto harta diligencia por no ofender á la verdad en lo que dijere.

“Sentenciado á muerte por estos dos delitos, y por otros muchos que le acumularon, el dicho Martín de Calahorra ayuntó los españoles que pudo para con

seguridad hacer justicia, porque tenía temor que aquel Acxotecatl era valiente hombre, y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado, no parecía que tenía temor; y cuando le sacaron, que le llevaban á ahorcar, iba diciendo:

—“¿Esta es Tlaxcállan? ¿Y cómo vosotros, tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sóis para quitarme de estos pocos españoles?”

“Dios sabe si los españoles llevaban temor; pero como la justicia venía de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos españoles le llevaron hasta dejarle en la horca.

“Luego que se supo adonde el padre le había enterrado, fué de esta casa un fraile, que se llamaba Fr. Andrés de Córdoba, con muchos indios principales, por el cuerpo de aquel niño, que ya había más de un año que estaba sepultado, y afirmanme algunos de los que fueron con Fr. Andrés de Córdoba, que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido.”

X.

Apuntes biográficos

Bien se habrá visto, por los fragmentos anteriores, tomados de la Historia de los Indios, que el mérito del P. Benavente como escritor, dista de ser común. Su lenguaje adolece, es verdad, de algunos descuidos: en vano se buscarían en él la gallardía, la expresión, la pulidez y esmero en el decir que distingue á los autores clásicos: en su estilo se notan, además, no pocas incoherencias, algún desaliño, como si jamás hubiese revisado lo escrito; pero, en cambio, ¡cuánta naturalidad, qué amable abandono! Tal parece que no se preocupaba sino de referir la verdad, desentendiéndose absolutamente del modo, aunque no fuera este el más agradable, con tal que á su juicio llenase las condiciones de exactitud y precisión. ¡Y cuánto más ganaría el hombre en que siempre se le manifestase la verdad en este traje modesto, para poder distinguirla en todo tiempo y en todas las circunstancias, del error engreído que suele disfrazarse con una vana pompa!

Mas no sólo es notable Motolinía como escritor: sus virtudes, sus largos afanes por la conversión y civilización de los